

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

Vega, Lyda, "Desvelo de Ulises y otros poemas", *Investigaciones literarias*.
Anuario IIL (Caracas), núm. 9, 2001, pp. 134-137.

DESVELO DE ULISES Y OTROS POEMAS:

Bitácora del poeta errante

Por: Lyda Vega
Universidad del Atlántico
Barranquilla, Colombia

Un prolegómenos al libro *Desvelo de Ulises y otros poemas*¹ del escritor venezolano Gregory Zambrano (1963), pudiera plantearse como el recorrido de un camino análogo al visitado por el poeta, después de haber vencido no pocos impedimentos: el desvelo, el juicio de los jueces, el tigre, el Niágara, el olvido, el naufragio, la historia, el dolor de la guerra.

Este metatexto procuraría hacer el viaje, si el autor y el hablante lírico asienten el abordaje de una tercera voz, que ve en el afán de

¹ Zambrano, Gregory, 2000. *Desvelo de Ulises y otros Poemas*. México: Ediciones Fin de Siglo.

recorrido y nomadismo del sujeto poético, una representación casi fiel del camino de la vida y la ineludible búsqueda de metas espirituales.

Son diversas las pistas que el paseante lírico deja a lo largo del camino y que nos permiten en parte reconstruir la cartografía de su itinerario: el viaje al pasado de Catulo y a la Ítaca de Ulises, como el prototipo del tropos al que anhelamos regresar presos de nostalgia, el cordón umbilical que nos ata a la tierra nuestra, al terruño que cargamos como una cruz; viaja asimismo “en el sueño de sus muertos”; viaja en barcaza, por lo que “naufraga” a menudo (“Soy el naufragio” p.43; “Delirio del náufrago” p.46); viaja en imago, pero también a pie físico como los antiguos, caso en el que se hace mucho más largo el camino, y sin embargo, exhorta a mantener el rumbo como las hormigas (“De las hormigas” p.53) que hacen camino de tanto andar y andar.

El libro de poemas consta de cuatro partes. La primera “Bitácora”, consigna los elementos que definen el norte del texto, y cuyo manto nominal bien pudo cubrir la segunda parte o “Vigilias”. El viaje al pasado, pero más reciente, se ilustra en el cuarto segmento del poemario, “Memorial del Silencio”, fragmento de poesía erizada de referentes a la triste peste de guerra que azotó al mundo a mediados del siglo pasado. Gide dijo alguna vez que toda travesía es un pregusto de la muerte, y en este viaje del hablante lírico por los sueños, la vigilia, la imaginación, se le suma el tránsito por la guerra que marcó la crisis y/o cultura de muerte de la cual todavía somos partícipes, *coram populo*, esto es.

En esta parte del poemario, el espacio poético lo constituye la región del Japón, donde históricamente cesan las hostilidades de la

segunda gran guerra, y a qué costo! La voz lírica nos habla de silencios, fantasmas, lágrimas, llanto, sollozos, lluvias, ruinas, destrucción, “tanta vida que flota en las aguas” y “palabras huecas, vacías de razón” (“Hiroshima” p.79, 80); sombras, humo, cuervos, haciendo uso de un presente histórico que nos sensibiliza y pone en vigencia el deicidio, genocidio y otros “idios” ejecutados en ese tiempo. En el poema “Identidad” se manifiesta esta suma patética:

Yo nací de la muerte, a orillas de siete ríos,
donde se esfumaron los sueños
y nada quedó en pie ni enterrado [...]
La vida se perpetúa en mí, nacido
un día aciago en el que todo se borró a mis pies
(p.85)

El paseante en esta parte del viaje ya “olvidó su sombra y extravió la calle” (“La mirada” p.21), se trata del mismo despojado cuyo destino ya se prefiguraba desde los inicios de esta travesía poética. En “Implacable Animal” así se expresa:

Todo parece llegar del asombro,
del vestigio de la cuerda
donde colgaron los rostros. Ya no hay luz
sino un pequeño guiño de la máscara
que vence al distante animal,
(p.13)

Este sino trágico se refuerza con unos versos luminosos, metáfora de la luz de las bombas que caen como lluvia de fuego inesperada, a la manera del estruendo brillante que hubo de suceder al caer Lucifer:

Todo se queda inmóvil, suspendido.
Se detiene por un segundo la marcha del día
y algún ángel sacude sus alas
produciendo un estruendo de luz,
un crepitar de nube.
("Hiroshima desde lejos" p.84)

La caída de un segundo ángel del mal, ahora ¿sólo? sobre el Japón, estuvo acompañada de refulgente brillo, muchas veces rojizo como es la sangre de los sacrificios. Tenemos, pues, enrojecido manantial, resplandor del fin del mundo, quemadura, ardor, cortejo espejeante del sol, haz de luz atrapada en el ojo, fulgores, lumbre. Sin embargo, no todo es duelo, a pesar del dolor no se naufraga del todo y hallamos una vocecita en medio del discurso luctuoso que intenta deconstruir el sentir negativo.

Así es, esa vocecita no capitula ante la crisis, ante la muerte, e intenta –en la mayoría de los casos corresponden a los últimos versos– incluir unas líneas de esperanza, a saber: "Hiroshima [...] es el renacer [...] aquí se mezclan el agua y la sal, las canciones, las preguntas, la esperanza ("Hiroshima" p.77, 78); "de las manos de esta tierra surgen corazones renovados" ("Celebración" p.82); "amanece en Hiroshima, un canto de vida hay en sus calles, un sabor a tierra bendecida" ("Amanece" p.83); "somos el día, llevamos el sol a costas" ("Despertar" p.92). Aquí, lo luminoso viene a ser elemento positivo y no fuego que destruye.

Pero ese en la tercera parte del poemario donde se rinde homenaje a lo que más tiene la existencia de positivo, la fuerza de vida, el Eros. "Marea del Deseo" a simple vista pareciese no encajar en el grueso del poemario, pero ateniéndonos al sentido deconstructivo

expresado arriba, puede tomarse como el renacer de la esperanza, el viaje amoroso que vivifica y anima: luego del llanto por las bombas que no dejaban ver el sol, las lágrimas cesan y se logran ver las estrellas. “Bajo ninguna excusa olvídense el amor” (“Decreto” p.12), afirma el hablante lírico, en un tono que por cierto en nada corresponde a la epilepsia romántica tradicional, la de movimientos velados, la de elisiones y puntos suspensivos, sino que se explaya en el verbo erótico: el fausto en la descripción de la relación de pareja, de la comunión de los cuerpos, de los sonidos del amor, del deseo por el cuerpo del otro, por aquello de lo que se carece y que el otro tiene.

En sus momentos de desolación, la voz poética se pregunta “hasta cuándo seremos hoy y no mañana” (“Equilibrio” p.25); es decir, cuándo habrá futuro. “Dicen que el futuro se llama sombra”, asegura más adelante, por la incertidumbre que viste ese tiempo que, a todas estas, solamente en la gramática es palpable, pero que en la vida empírica nunca lo vivimos realmente, ya que su ósmosis con el presente es invisible. Todo viaje aspira, en todo caso, en un futuro, cercano o lejano, llegar a su fin. El poeta, para quien el orbe espiritual es parte de su mundo, celebra en este poemario la posibilidad de un viaje de estas dimensiones, un viaje con futuro, que contemple la posible aventura de toparse en la ruta con la tierra prometida, la isla de la felicidad, el paraíso perdido.

En *Desvelo de Ulises otros poemas*, Gregory Zambrano se muestra a sí mismo y como todo poeta “en estado de emergencia”, “profetas que cabalgan solitarios” (“Los Profetas” p.17), “jinetes insomnes” (“Poeta en estado de emergencia” p.29) para quienes la poesía es indispensable pero se desvelan tratando de precisar para qué,

parafraseando a Jean Cocteau. Por lo pronto, cabe la razón de Borges de que con los libros se pueden tener recuerdos que nunca se han tenido. Doy fe que estoy en capacidad de recordar el viaje que me llevó, bitácora en mano, a Ítaca, que me hizo conocer a Catulo, poner pie en la calcinada Hiroshima y que me hizo “creer, querer creer que en algún lugar pasta el unicornio” (“Herencia” p.50).

Barranquilla, septiembre 6 de 2001